

HISPANIA



BARTHOLOMEUS MURILLUS HISPALENSIS SE IPSUM DE
PINCENS PRO FILIORUM VOTIS AC PRECIBUS EXPLENDIS EX
NICOLAO OMAZCRINUS ANTUERPIENSIS. ANNO 1682.

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

Portada (en colores). — De otro tiempo, por F. Domingo. — El nene Equis, por Blanca de los Ríos de Lampérez; ilustraciones de R. Navarro. — Umbráculo del Parque de Barcelona. — Bajo una ventana, poesía de Enrique Menéndez; ilustrada por J. Guardiola. — Requeibros, por Torné. — El antiguo Municipio de Barcelona, por J. Brisa. — Palacio de los Marqueses de A: Antesala y Salón árabe, proyectado y construido por Hermenegildo Mirallet. (4 grabados). — Pruebas crucles, por A. Aguilera y Arjona; ilustraciones de V. Ubeda. — Primera salida de D. Quijote, por D. U. Vierge. — Palacio de Bellas Artes de Barcelona. — Órganos simpáticos, por Camilo Millán. — Sala de espectáculos del Gran Teatro del Liceo en Barcelona. — Por esos teatros, por Un espectador. — Retrato de Maria Guerrero. — Hojeando libros. — Sección de Ajedrez.



F. DOMINGO

DE OTRO TIEMPO



EL NENE EQUIS

I

DOÑA Enriqueta de Haro, señora navarra, viuda desde la juventud y desde antes de su viudez avecindada en Sevilla, no tenía parientes ni habientes ni por lo tanto obligaciones, ni cariños, ni lazos que la ataran á nada ni á nadie. Libre, sola y perpétuamente joven, merced á la doble salud y lozanía del cuerpo y del alma, decidió compartir su vida entre la oración y la caridad, y adoptar por familia á todos los desvalidos; y así, pertenecía á cuantas hermandades devotas y á cuantas asociaciones benéficas había en Sevilla.

Pero de todos aquellos misericordiosos instintos, el que singularmente merecía la predilección de la bendita señora, que la tenía muy grande por la infancia, era el de la Inclusa, ó de la *Cuna*, como allí se dice.

Sin duda porque de continuo resonaban en su corazón las suaves palabras del Maestro: «*Dejad que los niños se acerquen á mí*», y acaso también porque como toda mujer tiene mucho de madre, la piadosa dama que no logró sucesión de su breve matrimonio, cifró en los desventurados todos sus amores, prefiriendo de entre ellos á esos tiernos seres, á quienes el crimen ó el egoísmo desampara, privándolos desde el primer vagido del calor y de los besos maternos, más necesarios al lento desarrollo de la maravillosa planta humana donde florece un alma, que el vivo sol de primavera á la germinación de las plantas de la tierra.

Y como eran tan grandes el celo y el amor con que la ejemplar viuda cuidaba personalmente de la lactancia de los niños, ya dentro de la Cuna, ya en casa de sus respectivas nodrizas, así como de la higiene y salud de los pequeñuelos y de sus amas, y como no todas las Señoras de la Junta se hallaban tan libres de familia y obligaciones como Doña Enriqueta, poco á poco fué ésta asumiendo los cargos y atribuciones de todas, y acabó por ser el alma y el *factotum* de la casa Cuna, la madre de los expósitos, como la llamaban en Sevilla.

II

La mañana del 12 de Octubre de 1874, sonó la campana, giró el torno de la Inclusa y la hermana encargada de él recogió de la dura tabla á un nuevo huésped, á un nuevo hijo ignoto, que entraba en la vida sin nombre y sin amores.

Un simple movimiento, el que una mano, sin duda mercenaria, imprimió al torno que rechinó al girar, como doliéndose de consumir tal desventura, aquel solo movimiento bastó á lanzar al inconsciente recién venido á la vida, desde los brazos de una madre al montón informe de los anónimos, de los desclasificados á quienes engendra la culpa y abandona el desamor.

—¡Benditas sean las obras de Dios, hermana Dolores, en mi vida he visto criatura más hermosa!—exclamó la tornera, delicada joven de á penas veinte años, ofreciendo el recién llegado á la piadosa admiración de una religiosa ancianita que se deshizo en elogios y bendiciones.

En efecto, la criatura que ambas contemplaban, era un verdadero milagro de esa indecisa belleza crepuscular y mórfida, impregnada de aurora y de misterio, propia del capullo cerrado y del niño no bien despierto á la vida.

Pero no era aquel un ser tan embrionario y abocetado como todos los recién nacidos que de solo algunas horas eran depositados en el torno: no era ya la masa amorfa de carne que yace aplanada é inerte en el dintel de la vida, sin que parezca saber por donde empezará á moverse y á usar de todo aquel organismo nuevo que se ignora á sí propio y se resiste á ser manejado por los demás.

No era tampoco el pedazo de carne anónima, marcado con los negros estigmas hereditarios del vicio y de la miseria.

El nuevo acogido tenía ya algunos días: la existencia había trazado algunos rasgos de cincel en aquel mármol rosado y palpitante, y sus ojitos parecían aprender á mirar, sus manecitas empezaban á tenderse en busca de algo querido, sus miembros semejabán desprenderse de

invisibles ligaduras, comenzaba á perder la rigidez de cosa y al desentumecerse blandamente, como quien despierta, al estrenar con vaga inconsciencia la vida, sus labiecitos esbozaban algo que fluctuaba entre puchero y sonrisa. ¿Debía reír ó llorar el inocente al sentirse vivir?

Algo semejante hubieron de preguntarse las religiosas, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

— ¡Mire, hermana, — decía la tornera: — si parece el niño que lleva en los brazos nuestro Padre San Vicente! ¡Mire, mire qué carncitas de rosa, qué camisilla tan fina y llena de encajes, como la del Niño Jesús que ponemos por Navidad! ¡Pero qué cosa tan particular! ¿Pues no tiene bordada en todos los pañalitos una equis?

— Esa será señal que trae para reconocerlo en su día.

Llevaba también el nene al cuello una medalla de oro en cuyo anverso campeaba la imagen de la Virgen del Pilar, y á cuyo reverso aparecía grabada una X. y la fecha: 1.º de Octubre de 1874. La del nacimiento sin duda.

Todas aquellas exquisitas minucias, así como el fuerte aroma de *iris* que se exhalaba de las ricas envolturas delataban la elevada procedencia del expósito.

Así por el día en que fué entregado, como por la medalla que llevaba, acordaron las madres bautizarle con el nombre de Mariano del Pilar, y que en lo sucesivo se le apellidase con el nombre que sus desconocidos padres le daban por expresivo lema, ya que aquella era una verdadera X, una incógnita.

Cuando Doña Enriqueta conoció á su nuevo hijo de adopción, se deshizo en elogios, caricias y bendiciones; y después de apadrinarle en la pila, llevóle ella misma á casa de una buena mujer, esposa de un carpintero, de la cual tenía la Junta las mejores referencias.

III

Frasquito, el carpintero, Reyes, su mujer — la elegida para nodriza del nene Equis — amen de los seis retoños con que Dios había bendecido á la dichosa pareja, eran todos tales y tan simpáticos, interesantes y típicos, que merecían para ser descritos un libro entero. Pero á falta de espacio, tendré que retratarlos en abreviados bocetos, de trazos recogidos y escasos colores, porque en mi paleta no los hay tan vivos y jugosos como ellos los requerían.

Apunte de Frasquito. — Treinta años, cuerpo pequeño y enjuto, cejas hirsutas y bajo ellas grandes ojos garzos con irisaciones azulinas, barba castaña con reflejos cobrizos, condición indómita, palabras aspérrimas, corazón blandísimo; opinión *republicana neta*, si bien el buen hombre ignoraba qué fuese República, y no sabía definir



de ella sino el apellido de *Federal*, que harto se le alcanzaba á él que directamente procedía de *Don Federico Rubio*, del cual era fama que *había sido el padre de la República en Sevilla*. (Histórico). Ajorrrar unas motas pa vasiar unas cañas, ó pá vé matá á Frascuelo ó al Gordito — sus dos ídolos, — jurar por la República y votar como un carretero, eran los pecados gordos de aquel ogro que trabajaba día y noche, como un negro, por su *jembra* y por sus seis cachorros, á los cuales vestía, lavaba y arrullaba, si era preciso, con tanto cariño y terneza como la propia madre.

Apunte de Reyes. — Veinte y cinco años espléndidos, como florecidos al sol de Sevilla. Cara morena, roja y luciente como un membrillo de los sanos de la tierra: oji-

negra, peliazabache, metida en carnes, pero ágil y soberanamente *plantá*; boca de corales y en ella confundidas de continuo una sonrisa y una seguidilla eternas.

¿Que aljofibaba la sala? Que hundía los brazos morenos en montes de blanca espuma jabonosa, para *escamondar* los pañales de tanto mocos? Que remendaba la blusa de Frasquito, ó amamantaba al rorro...? Pues al compás de toda faena y al son de todo ruido, la seguidilla no se le caía de los labios.

Así, se la oía á toda hora cantar, con apartes como estos:

— Me dieron agua;

¡Ole, ole morena!... ¡Chiquiyo, límpiate esos mocos!

— Me dieron agua... ¡Condena, que te vá á espampañá!

Fría como la nieve... ¡Como me quite un sapato vai á *piá*!

En una talla... ¡Sol del mundo, lusero! ¿porqué yora tú? ¡Vén, vén con tu maresita!

Y para arrullar al mamón, continuaba la seguidilla en otro tono:

— ¡Nanita, ea!

¡á la naana naanita

Naanita eea!

A la cunita mare,

Mamita,

¡Que se menea!

IV

Digno de ser notado fué el recibimiento que en tal casa y de tal familia alcanzó el abijadito de Doña Enriqueta.

Reyes, que había dado á luz pocos días antes el cuarto de los varoncillos — las dos mayores eran niñas, — en vista de lo *arrancao* de los tiempos, de lo poco que ganaba Frasquito y de lo mucho que tragaba *tanta boca*, decidió

ayudarse criando un niño de la Cuna, á cuya Junta dirigió solicitud por medio de Doña Enriqueta.

Cuando la Señora, tomándolo de los brazos de la mujer que lo llevaba, presentó á Reyes el niño, fué de ver el asombro, el entusiasmo y la lluvia de ternezas y de vocablos pintorescos y cálidos como la tierra aquella, con que la buena mujer acogió á la criatura á quien iba á dar su vida y empezaba por regalarle su cariño.

El léxico de las gentes graves y correctas no contiene palabras que den idea siquiera de las cosas que expresa con su inculto, suave y apasionadísimo hablar, el amor de las madres sevillanas.

¡Color! ¡Vaya si lo tenían las enérgicas y calientes palabras de la vehemente andaluza! Desde los tonos sepiosos del cieno de alcantarilla que arrojó sobre el nombre de la *perra* madre que abandonaba á su hijo, hasta las tintas de iris y de aurora que derramó en arrullos de maternal blandura sobre la frente opalina del *inosente lucero* á quien cubrió de besos que estallaban como explosiones de amor, todos los matices de su riquísimo idioma pasaron atropelladamente por sus labios.

Atraídos por el restallar de los besos y el sugestivo arrullo de las caricias, frescos y desnudos como los chiquillos de Rubens, acudieron los del carpintero, que con el esplendor de sus morbideces, la gracia de sus actitudes y la música de las risas, chillidos y palmoteos con que saludaban al tierno huésped, colmaron el regocijo y animación de aquella jubilosa fiesta de la vida.

V

Y sin otras ceremonias ni formalidades, allí se quedó el anónimo, el sin ventura, entregado al cariño espontáneo de aquellos infelices, tan indigentes de bienes como ricos de nativa, inculta y fertilísima ternura. Y allí por virtud de aquella leche pagada y de aquel amor gratuito, acababa una extraña la santa obra de vida que Dios impone á las madres. La del niño á juzgar por los pañales que le envolvían, era, sin duda, rica. Pero ¿ingrata? ¿desgraciada? ¿culpable? ¡Quién sabe!

Cada día asomaba en el inconsciente infortunado una gracia nueva y con cada sonante beso aplicado á las suaves carnicitas de leche y rosa, penetrábase el tierno ser como en trasfusión de vida, del amor de la madre fortuíta, y *entrábasele á ella*—según su gráfica expresión—*hasta las entrañas el almita de su querubín emprestao*.

— ¡*Porótchele* lo moro! —solía decir Reyes al ogro de su marido— Cuando pienso que éste es un pajarito sin *nto*, un *guertesito* sin dueño, un cachito é gloria escurría de la grande, y á pique de *jundirse* mañana ó al otro en este cochino fangá der mundo... miá tú, se m'espeasa er corasón!

— ¡Pero que toita *habei ustede* de ser iguale la condená mujere; *toitita* loca rematá y sin gota é sentio en l'arrastrá moyera! ¿No te bas-

ta con la *endina* jarapá é mocososo que ha echao ar sucio mundo, y *otavía* te dá por reblandeserte por el baboso der barraco que no nos deja *probá* er sueño, y mardito si vale la condená peseta que te dan por *estuetanarte* criándolo, por el hijo de la muy... pendona que s'estará echando aire pá que este par de burro no duerman cu-diándole ar tragón der crío! ¡Mira, Reye, c'a palo c'aguante su vela! ¡*Masiao* jasemo con aplacá tanto pecho jambrió y cubrile las pajarera carne á tanta *ánima bendita*! Conque en cuantito que arremates la *sebaura* der lechonsillo, si no se *me pone* á mí que sea mañana, se lo entriega á la beatona que lo trajo, y ¡á cojé lo cuarto que es lo que importa, que con *yoramico* y querere no se engorda en esta perruna vía!

Lo cual no obstaba para que con los ojos aún encendidos por aquella furia que atropelladamente se le desataba por la boca, dijése á seguida, el formidable agitador, asustado de si mismo al ver llorar á Reyes.

— ¡Paese mentira, mujé, que t'achare por tan poco! Yo no *m'aparto* de lo justo. Una cosa é que me sargan lo chiquiyo pó la mema punta é lo pelo, y otra que yo le quite ar cachorro ese lo que es suyo, po que Dió se lo ha dao y basta! ¿Qué quíe que diga? ¿Que es bonito como una flore y más salao que la peseta?... ¿Que yo *tamie* le tengo lástima y le quiero y le retequiero como *er que má...* ¡porra! — ¡Pue, recuerno, ya está dicho! ¿y qué, te paese á tí que se m'encoge á mí el arma por eso! ¡Pero, canasto, po lo mesmo que tié tanto ange, er con-



denao der chiquiyo ese... po lo mesmo hay que plantarse y tirarse pa trá y sacudirse la mosca, como jiso la güena piesa é su mare! ¿Que ere bonito—esto lo decía mirándole—y resalao y sandunguero y retegrasioso!...—comiéndoselo con los ojos—¿Y qué! ¿Te he traído yo ar mundo, ¡jinojo!... pué entonse á mí que me importa ni que tengo yo que vé con carga ajenas, ni con hijos de otro, si con los que tengo me sobra pa divertirme y pá quitarme la arrastrásima vía, canasto!

VI

Y en estas y en esotras escenas del propio arte, se pasaron los días, hasta llegar el tan temido por Reyes de la entrega del niño á las Señoras de la Junta de la Inclusa, es decir á Doña Enriqueta, que era su representación más entera y genuína.

¡Válgame Dios y qué tempestad de llanto y de gemidos, de sollozos, de quejas é imprecaciones se levantó en la sala de la Señá Reyes al tiempo de la dolorosa despedida! si aquello era un *juisio*, como decían las vecinas.

¡Y qué chaparrón, qué diluvio, qué granizada de besos resonantes, prolongados, *lamidos* y *sorbidos*, descargaron sobre el pobre nene Equis las siete bocas de Reyes y sus chiquillos, que se disputaban el tierno cuerpecito como si quisieran devorarlo, como si quisieran comerse las manitas regordetas llenas de hoyuelos, las rosquitas mantecosas de los mórbidos bracitos, los inquietos piececillos de rosa, los rojos mofletitos y la pura flor de vida, de la boquita húmeda y desdentada donde apuntaba, como breve semilla blanca, el primer hueso de leche!

—¡Gracias que no está Frasquito—sollozaba Reyes—hartándose de besar á plena boca y de llorar á todo trapo—porque si nos vé, nos mata!

Asustado, angustiadito, sofocadísimo el pobre nene por aquella avalancha de asfixiadora ternura, tras de modelar con la boca diminuta unos cuantos pucheritos monfísimos, rompió á llorar con todos sus robustos bríos y con tal desconsuelo y congoja, que no parecía sino que el inocente adivinaba su desventura y se despedía también llorando de aquella *familia de amor* que con tanta ventaja substituyó para él á la familia de sangre... ¡Aquello partía el alma!

Y para completar la situación en tal momento, estalló en el patio una descarga cerrada de ternos y maldiciones; y apartando brutalmente el grupo de vecinas compasivas que obstruía la puerta de la sala, apareció Frasquito con la blusa al hombro, la espuerta de las herramientas á rastra, la sierra al brazo, la colilla del cigarro pegada al labio, la gorra tirada atrás y la negra pelambre revuelta y caída sobre la frente.

—¡Jórrio de aquí toita la *parva* de curiosona jambría!—gritó ronco de furia—¡Mardita sá la *primé iem-*

bra que mamó leche, pó no he creío que pasaba argo en mi casa!

Y amagando con una tanda de puntapiés y soplamocos á los chiquillos, que se dispersaron llorando:—Dios guarde á usted—dijo á Doña Enriqueta, que le saludó entre ofendida y temerosa, y preguntó tragando trabajosamente saliva:—¿Vamo á vé, que sinifica tóo este *teretiemblo*? ¡Si paesía mesmamente que les estaban *escuajando* los reaños á tóo!

—¿Qué quíe que sea, hombre, que se yevan á mi niño de mis entraña!—gimió Reyes volviendo á soltar el torrente de su llanto.

—¿Que... se lo ye...van?—Articuló torpemente Frasquito, desconcertado por la sorpresa; pero rehaciéndose continuó:—Eso ya no lo tenfamo tragao... ¡Y... á úrtimo é tó...! ¿pá qué lo trajeron! ¿Ni qué tengo yó que vé con er baboso der mamón ese... jinojo!—y mientras lo decía se le iba contrayendo y anublando la cara y tornándosele el ceño tan duro y negro, que presagiaba tormenta.

Sobrecogida Reyes ante el amenazador aspecto de su hombre, entregó temblando el niño á Doña Enriqueta, la cual, estirándole cuidadosamente las mantillas, presentábaselo á la mujer que para llevarlo había traído, cuando el pequeñuelo de Reyes, el hermano de leche del huérfano, á quien su madre acababa de recoger del suelo por donde andaba gateando, consciente ó inconscientemente, echó los tiernos bracitos al cuello del angelical desheredado, con cuya tierna acción, volvió á renovarse el llanto y desconsuelo de todos.

—¡Mardita sea mi estampa!... ¡Esto solo fartaba!—rugió el terrible demagogo—¿Qué jase ahora un hombre, por hombre que sea, vamo j'a vé! ¿Pá qué yorais, condenao, si er que má y *er que meno*, se está ajuegando en *jiele* negra! ¡Vaya, que como me jarte, m'arranco por derecho y me tiro á fondo! ¿Qué queréis, jato é bestias, que me quede con er crío? ¿Pó como si yo *estuvia* queriendo otra cosa?... ¡canastos!—¡Echelo usted acá, se-

ñora, que es má bonito que er *Niño perdio* de la prosesión der Corpu! Y dícale á laj marquesa de la Junta que lo *prodiyo* (prohijo) Y *quíe ist* que si había é tené seis renegao tragone... tendré siete y... s'abía é trabajá é día, trabajaré *tamié* de noche y s'abía é jumá un consumío pitiyo... me chuparé er deo, y... en iguá de vé matá tre vese ar Gordo... lo veré una, ó ninguna ¡porra! ¡Y que se vea si no tengo yo mejor corazón que la República!

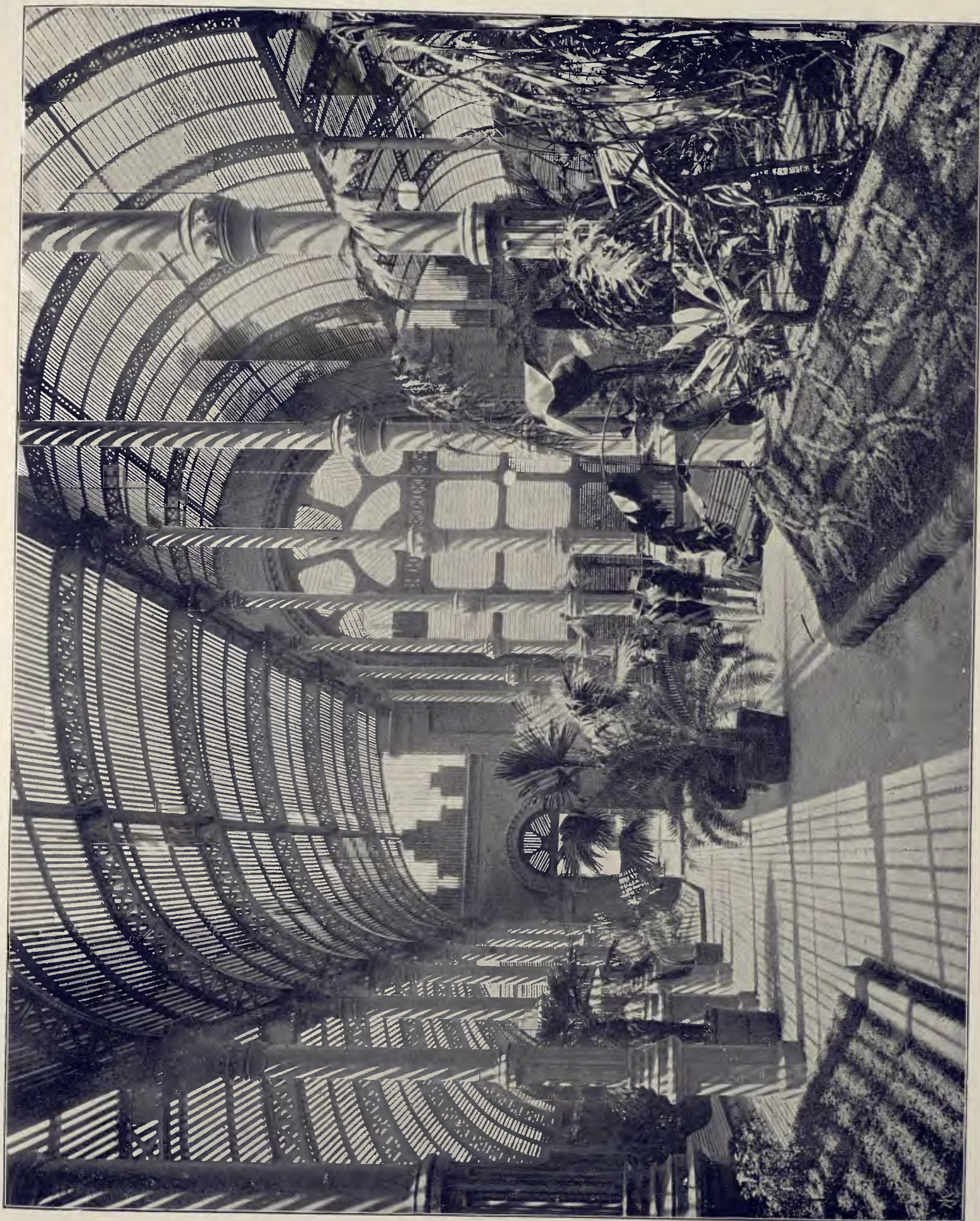
Y el espantable sectario rompió á llorar como un chiquillo.

Culpable, ingrata ó desgraciada ¿qué hubiera sentido ante aquella escena la desconocida madre del *nene Equis*?

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

Ilustraciones de R. NAVARRO





UMBRACULO DEL PARQUE DE BARCELONA

Audouard, fot. - Barna.



BAJO UNA VENTANA

Dicen que no saldrás, y yo maldigo,
oyéndolo decir, la suerte mía:
¡esta noche, bien mio, que traía
tantas risueñas cábalas conmigo!

Yo que hoy tuve á ese sol por enemigo
pensando ya que nunca se ponía,
¿qué haré de lo que falta todavía
hasta la hora de soñar contigo?

El áura de la noche mansa lleva
los vanos restos de mis sueños de oro
y á tu muda ventana los eleva...

¡En qué noche te ausentas, mi tesoro!
¡Hoy que pensaba darte la gran nueva
de que con alma y corazón te adoro!

Enrique Menéndez



TORNÉ

REQUIEBROS

El antiguo Municipio de Barcelona

LA *curia*, compuesta por lo regular de diez *decuriones*, formaba el gobierno interior de Barcelona, durante las dominaciones romana y goda. Que el miembro más antiguo y venerado de ella se llamase en algún tiempo *presidente*, y en otro *comes*, lo mismo que hubiese *duumviros*, *prefectos*, *censores*, *defensores*, etcétera, para dirigir la parte económica y administrativa de la ciudad, no se apoya en datos ciertos ni fidedignos.

Mientras permaneció Barcelona en poder de los árabes, estuvo gobernada por un emir, dependiente primero de los walíes, y después de los califas Omniadas de Córdoba. Mas apenas se apoderaron de ella los francos en el año 801, el gobierno interior de Barcelona fué confiado, según la opinión más probable, á las cabezas de familia, ó á los ancianos (*seniores*) que, formando una especie de junta universal, acudían paternalmente á remediar las necesidades de la población. Esta forma de gobierno la admiten varios autores, y aun añaden que los presidentes de las citadas juntas, eran el vizconde y el veguer de Barcelona, electos siempre por los condes, y planteados ya por el mismo Ludovico Pío.

Hasta el reinado de don Jaime I no se vuelve á hacer mención en las crónicas del Principado de la forma del gobierno interior de Barcelona, que cambió por completo, concediendo la elección de concellers y prohombres. Un ciudadano de la misma ciudad, que en el siglo XV escribió unas memorias, conservadas hoy entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, nos da las curiosas noticias siguientes:

«Après lo dit senyor Rey en Jacme ab carta suadata

Barchinone VIII Kls. febrarü anno Millesimo CCLXIIº atorgá á tots los homens é universitat de Barchnonai que haguessen é á ells fos licit haver huyt prohombres per á Concellers del Veguer de la dita Ciutat, é que cascuna setmana en lo disapte se aplegasen é que los dits VIII Concellers elegirent docents prohombres de la dita Ciutat qui en presencia dels dits huyt é en poder del veguer jurassen. E que en la fi del dit any, ço es de la aparició de nostre Senyor fossen tenguts elegir altres huit concellers qui com fossen elets é haguessen jurat en faus ab lo Veguer, elegiren altres docents prohombres de la dita ciutat. E la dita concessió é ordinatio lo dit senyor Rey tant quant á ell é á sos successors plauría volgue que duras...»

«En les Kls. de Abril any de nostre Senyor Mil CCLXV. lo dit Sor. R. en Jacme primer atorga á tots los homes é universitat de Barcelona que de allí á la festa de cincogesima é de la dita festa á deu anys cumplits hagessen quatre prohombres en Concellers. E que cascun disapte se congregassen. E que elegissen cent prohombres de consell, é que los dit concellers sostinguessen lo dit càrrech per hun any, é que en la fi del dit any, ço es en la festa de sent March evangelista fossen tenguts elegir altres concellers qui elegiren cent prohombres de consell, é que consellaren lo veguer é batle de Barchinona.»

«Aprés lo dit Sor. R en Jacme ab carta sua data Barchine III nonas novembris Anno M. CC. k XXIII, atorgá al prohombres é á tota la universitat de la dita ciutat de Barchina que de la festa de sent Andreut á deu anys poguessen cascun any elegir cinch prohombres de la dita

ciutat pera consellers ab XII elegidors qui fossen trets dels cent jurats, per los dits consellers elegidors los quals sien tenguts consellar lo veguer é batle de Barchina, la qual electio se hagues á fer lo día de sent Andreu apóstol.»

Sucedió al Rey Don Jaime su hijo Don Pedro, quien en 3 de los idus de enero de 1293 dilató para siempre (*perpetualment*) el privilegio que su padre había concedido á los barceloneses.

«Continuó esta forma de elecciones, dice Feliu en sus *Anales*, con disminución de número del Consejo de doscientos á ciento, y aumentó á ciento treinta y ocho hasta el año 1498, en el qual el serenísimo rey don Fernando el Católico, dió otra forma de gobierno á la ciudad, y mandó formar las bolsas para los oficios, dispuso las insculaciones, y concediólas in perpetuum á los consellers» — «Ha durado esta forma de gobierno, hasta que concluída la guerra de Cataluña, el rey Don Felipe III (*IV de Castilla*), año de 1652 se las reservó por entonces, con las cláusulas de estimación expresadas en su real despacho, hasta quedar dispuesto el gobierno, y no se cumplió lo que se ofreció.»

Ninguna innovación notable recibió el gobierno interior, económico y administrativo de Barcelona, hasta principio del siglo XVIII, en que, con motivo de la guerra de Sucesión, el nuevo monarca Felipe V extinguió este cuerpo municipal, sustituyéndole el Ayuntamiento. Perdió desde entonces su autoridad y atribuciones, que fueron tan grandes y democráticas que competían con las del Senado de la república de Venecia, á cuyo *Dux* ó presidente podía compararse el primer consejero ó conseller en Cap. La utilidad pública y una extremada fidelidad al rey, fueron siempre las miras por donde se dirigían las disposiciones de este consejo, que por otra parte, no requería de sus miembros otras circunstancias que la probidad, tan fácil de encontrar en aquellos tiempos.

En el *Epítome de los principios y progresos de las gue-*

rras de Cataluña en los años 1640 y 1641, su autor, fray Gaspar Sala, la describe del modo siguiente :

«Gobiérnase la ciudad de Barcelona prudentísimamente por cinco consellers y Consejo de Ciento, que por la prudencia en el resolver y bien común tiene merecidamente el renombre de sabio. Es un gobierno mixto de democrático y aristocrático, alabado de todos los políticos porque consta de militares, ciudadanos y pueblo. El primero, y el segundo, y el tercero Conseller, es caballero ó ciudadano alternativamente: el cuarto es siempre mercader: el quinto un año es oficial y otro artista, como cirujano, adroguero, boticario, etc., no se hacen por elección ó nominación, sino por abstracción ó suerte!... para que Dios (que es quien corazones penetra y tiene las suertes en su mano) escoja los más convenientes á su servicio, y bien común del Principado y ciudad.»

El actual Ayuntamiento debe, pues, su creación á Felipe V, quien, no contento con destruir los fueros, libertades y franquicias barcelonesas, dió nueva planta al gobierno interior de la ciudad, tan venerado siempre en la época de los condes y reyes de Aragón. Así castigó aquel monarca el entrañable afecto que mostró tener Barcelona para con su enemigo y competidor al trono de las Españas, Carlos, archiduque de Austria.

Finalmente, el cuerpo municipal de Barcelona que bajo el nombre de Ayuntamiento rige la ciudad, ha sufrido alteraciones más ó menos notables hasta hoy día, siendo la más notable la que tan tristes y graves acontecimientos dió lugar en 1840 la *Ley de Ayuntamientos*. De todos modos, debe estar agradecida Barcelona á una corporación que en diferentes épocas y en calamitosos tiempos la ha conducido con mano firme y benéfica por entre el torbellino de las revoluciones, y bajo cuya dirección tanto gana cuotidianamente la belleza y ornato público, y el bienestar y salud de sus moradores.

J. BRISSA



Proyectado y construido por HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA



Palácio de los Marqueses de A.- Antesala ó calle árabe

Proyectado y construido por HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA



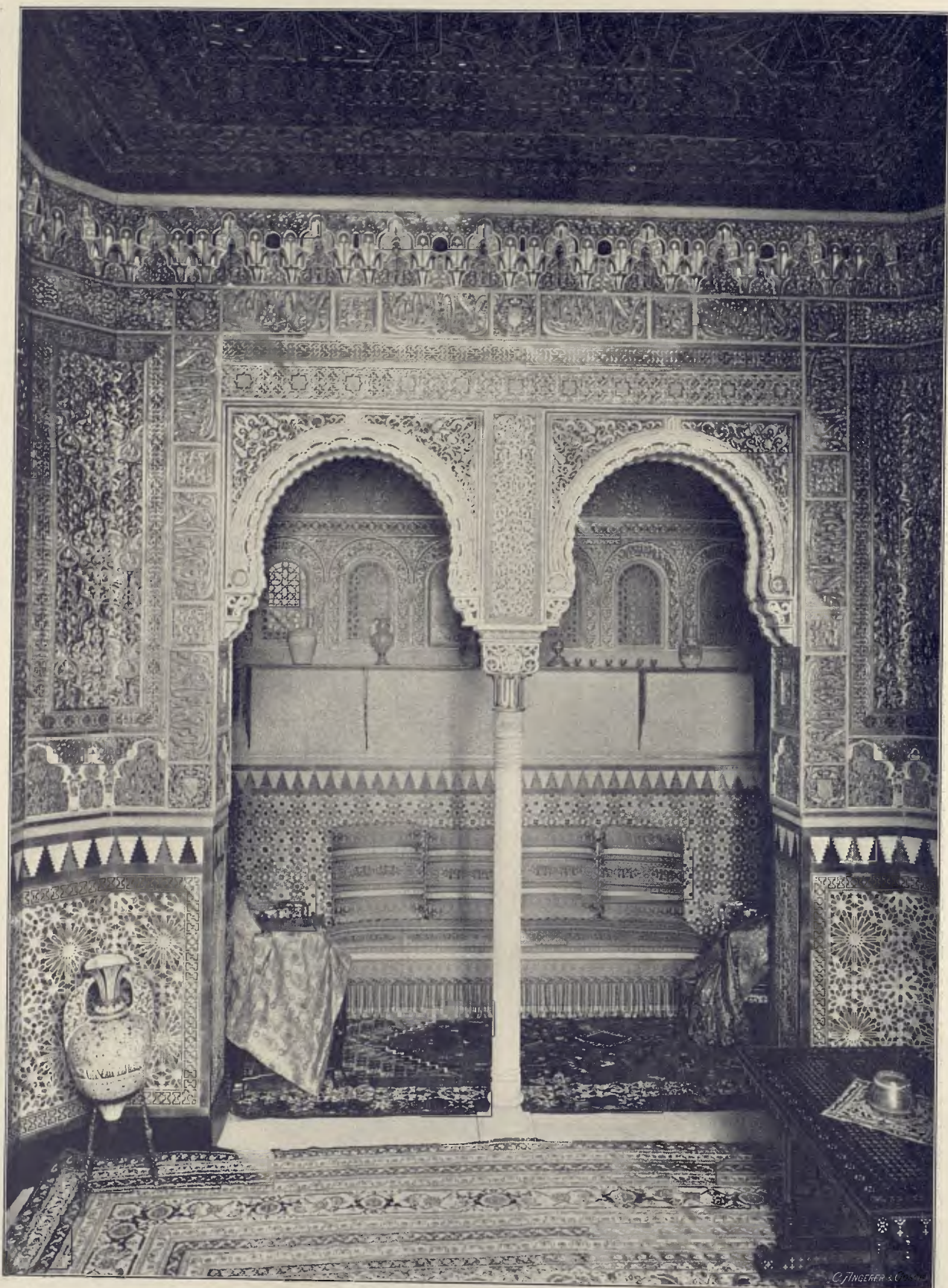
Palacio de los Marqueses de A. - Salón árabe

Proyectado y construido por HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA



Palacio de los Marqueses de A.- Salón árabe

Proyectado y construido por HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA



Palacio de los Marqueses de A. - Salón árabe

PRUEBAS CRUELES

AL declinar el sol en una tarde nublada, fresca y sombría, triste como todas las del otoño madrileño, bajaban por la calle de Atocha hacia la estación del Mediodía, como antes habían atravesado, desde la del Mesón de Paredes, la Plaza del Progreso y la calle de la Magdalena, dos seres vulgares, según todas sus apariencias, porque por nada extraordinario atraen la atención de la inmensa colmena, más abundante en zánganos que en útiles abejas, que constantemente vaga por la corte, un joven como de veintiseis años y tras él un mozo de cordel que lleva fácilmente una maleta.

Marchaban á prisa, como quienes cumplen un deber apremiante que no permite duda, y á no ser por algunas lágrimas indiscretas que avergonzaban la varonil fisonomía del viajero, los pocos conocidos sorprendidos en el camino apenas si hubieran fijado su atención en el joven que se disponía á abandonar, quizás para siempre, no sólo Madrid, sino con él, ilusiones, esperanzas, sueños de gloria y de fortuna, un porvenir de laurel fundado en un pasado de trabajo, y aun más que todo eso: el amor de una mujer que se había enseñoreado de su espíritu.

No es tan corriente ver llorar en medio de la calle á un hombre joven, robusto y no mal arreglado; y por esa irresistible simpatía que inspira la desgracia y por curiosidad también de penetrar en los secretos estímulos del corazón humano, los desconocidos fijaban su atención en aquella pareja extravagante que á toda prisa descendía desde la Plaza de Antón Martín y los amigos quedaban murmurando largo rato, como queriendo descifrar el misterio de un viaje ocultado hasta á la propia familia de nuestro protagonista.

Y así, camina que camina, recorrida ya aquella calle de la amargura, dieron en la estación mozo y viajero, aguardando éste el último adiós de la mujer amada.

No se hizo esperar ella. Media hora antes de anunciar el correo de Barcelona su salida comenzaban el interrogatorio de rigor en casos tales:

- ¿Me olvidarás?
- Jamás, bien mío.
- ¿Me querrás como siempre?
- Te lo juro.
- ¿Habrá alguien capaz de sustituirme?
- ¡Imposible!

La obscuridad del andén y la indiferencia de las gentes próximas, preocupadas en los cuidados de su propio egoísmo, protegían las expansiones cariñosas de los amantes. Pero como no hay copa sin fondo, aquel último momento de felicidad tuvo su término con el ¡viajeros al tren! y el precipitado cerrar las portezuelas con que los empleados de la estación previsoramente evitan más de una desgracia posible. Con la intención se cruzaron infinidad de besos y abrazos, el tren comenzó lentamente, como gigante perezoso, á deslizarse por los rails, y el pañuelo sacu-

dido desde el muelle y la mano agitada nerviosamente desde la ventanilla del vagón fueron perdiéndose, poco á poco, á la vista y debilitando la corriente magnética entre ellos establecida, hasta hacerse, al fin, el uno de la otra completamente indiferentes. Quizás, y sin quizás, los espíritus continuaban ligados por el sentimiento; pero la materia, esclava de las leyes físicas que regulan sus acciones, perdió el centro de gravedad que les mantuviera equidistantes y sucedió... Pero ¿á qué destripar el cuento?

* * *

Sucedió, por lo pronto, que por todo Madrid se extendió como en reguero de pólvora la llama, con igual rapidez y estrépito, la noticia de la marcha de Alfonso á Barcelona. Y como su amor á Josefina era público que constituía por entonces la única preocupación de su cerebro, y el solo estímulo de su corazón, nadie dudó que un contratiempo en él había determinado aquella fuga inesperada; y la mujer ¡cosas del mundo! fué la moda del capricho de los tenorios profesionales durante una muy larga temporada, y para el hombre quedó de repertorio en las tertulias la frase ¡pobre Alfonso!, pronunciada despreciativamente por los *snob*, por los incapaces del corazón, y noble, sentida, generosamente por los plebeyos, por el pueblo, último refugio del sentimiento.

Y así transcurrieron algunas semanas, algunos meses,





casi un año; ella en Madrid, solicitada con todo el empeño del amor propio, y él en Barcelona, encaneciendo prematuramente del desengaño sufrido con la lectura de una carta, de la cual es fama que apenas separaron de su corazón, durante una temporada, la piel y algunos tejidos que se obstinan en ocultar lo mejor del hombre.

A poco de instalarse en la capital catalana, Alfonso recibió la siguiente epístola de su amada:

«Apreciable Alfonso:

» Júzgame como quieras, llámame como gustes; no se me oculta que mi proceder es criminal, y digno por lo tanto de la severidad de tu criterio justiciero. Tan mal lo estimo yo misma, que ni confío en la generosidad de tu corazón, fácil al perdón de todo agravio, ni siquiera ¡ya ves! en la inmensidad de tu amor, familiarizado con el martirio.

» Viene este extravagante preámbulo á cuento de que, contra todas tus esperanzas, no es de amor esta carta que te escribo, sino de absoluta y definitiva despedida. Será para tí muy amargo desengaño, pero es preciso que alguna vez lo sufras, y elijo este momento, preparado por mí con toda alevosía, para que la distancia te impida volver á mis pies, como otras veces, á romper con tus súplicas y lágrimas la inquebrantable decisión de mi egoísmo.

» No me sirves ya, no me eres útil. Te dejo como se prescinde de un vestido anticuado por la moda, como se arrincona un trasto sin posible compostura, como se abandonan las sobras de una golosina que empalaga. El corazón quisiera violentarme la voluntad, porque quererte sí te quiero, mejor dicho, te he querido; pero es inútil su empeño, estéril su insistencia: cruz y raya.

» Sin olvidar jamás tu apoyo, á partir del cual he subido, como pompa de jabón desde el balcón al cielo, de la humildad al lujo y á la fama, cosa que te agradeceré toda mi vida, hoy por hoy tu mismo, pensando serenamente, reconocerás que en Madrid eres un estorbo para mi fortuna, y lejos una preocupación fastidiosa sin probable futuro. ¿Á qué seguir viviendo de ilusiones? Ni puedes ni podrás sostenerme como necesito; y por lo tanto á los dos conviene romper un lazo que nos perjudica, á ti aún más que á mí, puesto que compromete tu porvenir y resta energías á tus empeños ideales. ¿No es verdad que obro, á falta de corazón, con muchísima cabeza?

» Los tiempos son muy positivistas; y el lujo ha concluido con los últimos restos de trovadores y tenorios sin cartera. Ya el ventero famoso recomendó á don Quijote proveerse para sus aventuras de bolsa bien repleta de camisas y doblones, y en nuestra época sólo como ironía se admite que el amor resista el pan y la cebolla, tan débil alimento.

» Así, es preciso olvidar, borrar todo nuestro pasado.

» Trabaja, trabaja en esa hasta satisfacer las ambiciones de gloria que tantas veces me contaste, aún más con los ojos que con los labios, y no pienses más en mí, ni menos con esperanzas imposibles. Se me recuerdas alguna vez, sea como remordimiento que corrije, como experiencia que alecciona; y dadas tus aficiones literarias ¿quién sabe si algún día te serviré de asunto para alguna novela que labre tu gloria y te abra las puertas de la fama? En mi afán de serte útil y pagarte de algún modo lo mucho que te debo, quisiera que así fuese.

» Adios para siempre... te iba á decir... lo que otras veces... pero no... Adios para siempre.

» Josefina ».

* * *

Casi no se había aun dado cuenta Alfonso del viaje realizado, distraído con los preparativos de su instalación en la capital catalana, cuando la lectura de la carta anterior vino á herirle gravemente en el corazón, desalentándole para sus planes futuros, segando en flor todas sus esperanzas, sembradas sobre el cariño de aquella mujer cuyo recuerdo hasta entonces parecía determinar una corriente de energía del cerebro á los músculos todos de su cuerpo, y aun más á los estímulos de su voluntad, capaz de vencer la pereza, que siempre fué su mayor vicio, y el horror á la ventura que le retenía en Madrid, por afición también á la vida alegre, despreocupada y familiar característica de la corte.

De sorpresa en sorpresa, interrumpiéndola frecuentemente para contener la tensión creciente de sus nervios, y como si quisiera cerciorarse, palpándose bien las vestiduras y confrontando el lugar en que se encontraba, de que no sufría una pesadilla enfadosa, concluyó al fin la lectura de aquel extravagante documento, tóxico extraño en que la amargura infinita de inspirar conmiseración y desdén al ser amado se atenuaba un tanto con la referencia al cariño pasado y el recuerdo, prometidamente eterno, del bien agradecido.

Y tras unos instantes de trastorno absoluto en que su desesperación buscó refugio de consuelo en el espíritu de los padres, prematuramente perdidos, volvió una vez y dos y tres y muchas veces á leer la carta conocida, examinando párrafo por párrafo, analizando la intención de cada oración en ellos contenida, queriendo descubrir el sentido, el propósito y el estado de ánimo que los hubiese inspirado.

Todo en vano, porque por el momento la reflexión estaba tan ofuscada, que sólo conseguía renovarse las torturas de su corazón tantas veces como repasaba la carta. De la excitación turbulenta de su sangre, pugnando por romper las válvulas que la encauzan y dirigen, pasaba rápidamente á un sopor parecido al desvanecimiento provocado por el cloroformo, en el que la circulación llegaba en su debilidad á los linderos de la muerte; terrible gimnasia del sentimiento que hubiera acabado con su razón á no rendirle el sueño en una butaca en que se dejó caer sin sentido, despertando á las seis ú ocho horas sin noción siquiera del dolor pasado.

Cuando la patrona le anunció que todos los compañeros de hospedaje le esperaban para cenar,

encontró leyendo nuevamente la carta, más tranquilo en apariencia, pero más afectado en realidad por comprender ya la irrevocable decisión de su adorada; y pretestando algo de calenturilla, para esquivar su dolor de ajenas profanaciones, encerró al poco rato en su cuarto para seguir inquirendo el documento fatal que le condenaba á eterno celibato. El quería leer otras cosas de las allí contenidas, lo contrario á ser posible; cuando no era, una postdata, unos renglones intercalados en el texto que concluyeran por decirle: ¿has sufrido bastante? pues todo es mentira, caprichos de mi histerismo que me aficiona á Torquemada; la verdad es que te amo, que te adoro aún más que nunca, que, lejos, la ilusión te me representa más hermoso, más enamorado, y que empiezo á comprender la inmensa filosofía de las coplas que tantas veces cantaste á mi oído, para ejercitar mi alma en el sentimiento, como decías, excitando su sensibilidad hasta ti dormida:

*Dicen los sabios doctores
que ausencias causan olvido,
eso lo dirán, serrana,
los que nunca hayan querido.*

Verdad, verdad, Alfonso de mi vida, —deseaba él leer á través del desprecio—verdad, se ama con la memoria aún más que con los ojos, y el amor se oye, se respira, se toca, se siente tropezar en las carnes tanto como en el espíritu, aunque no se vea, y jamás se olvida. Hasta muy pronto, Alfonso mío...

Todo eso quería leer el bueno de Alfonso en lugar de la eterna despedida de su adorada, pero la letra refutaba cruelmente las fantasías de su amoroso deseo, y le decía con toda claridad: «Te dejo», «No me sirves ya, no me eres útil», «Te dejo como se prescinde de un vestido anticuado por la moda, como se arrincona un trasto sin posible compostura, como se abandonan las sobras de una

golosina que empalaga: cruz y raya... En Madrid eres un estorbo para mi fortuna, y lejos una preocupación fastidiosa sin probable futuro...Es preciso olvidar, borrar todo nuestro pasado... Adiós para siempre»... ¡Para siempre!, repetía Alfonso enjugando las últimas lágrimas de una emoción que poco á poco acabó por rendirse á la lógica de la reflexión, enemiga mortal de todo lirismo, porque, como siempre, el corazón encontró en el entendimiento el último refugio de consuelo.

¡Para siempre!, sí, adiós, para siempre!, exclamó al fin Alfonso, recobrando súbitamente la frialdad de sentimiento y el sentido práctico que otras veces le había permitido ver claro en materias de amor, sujetas, como toda





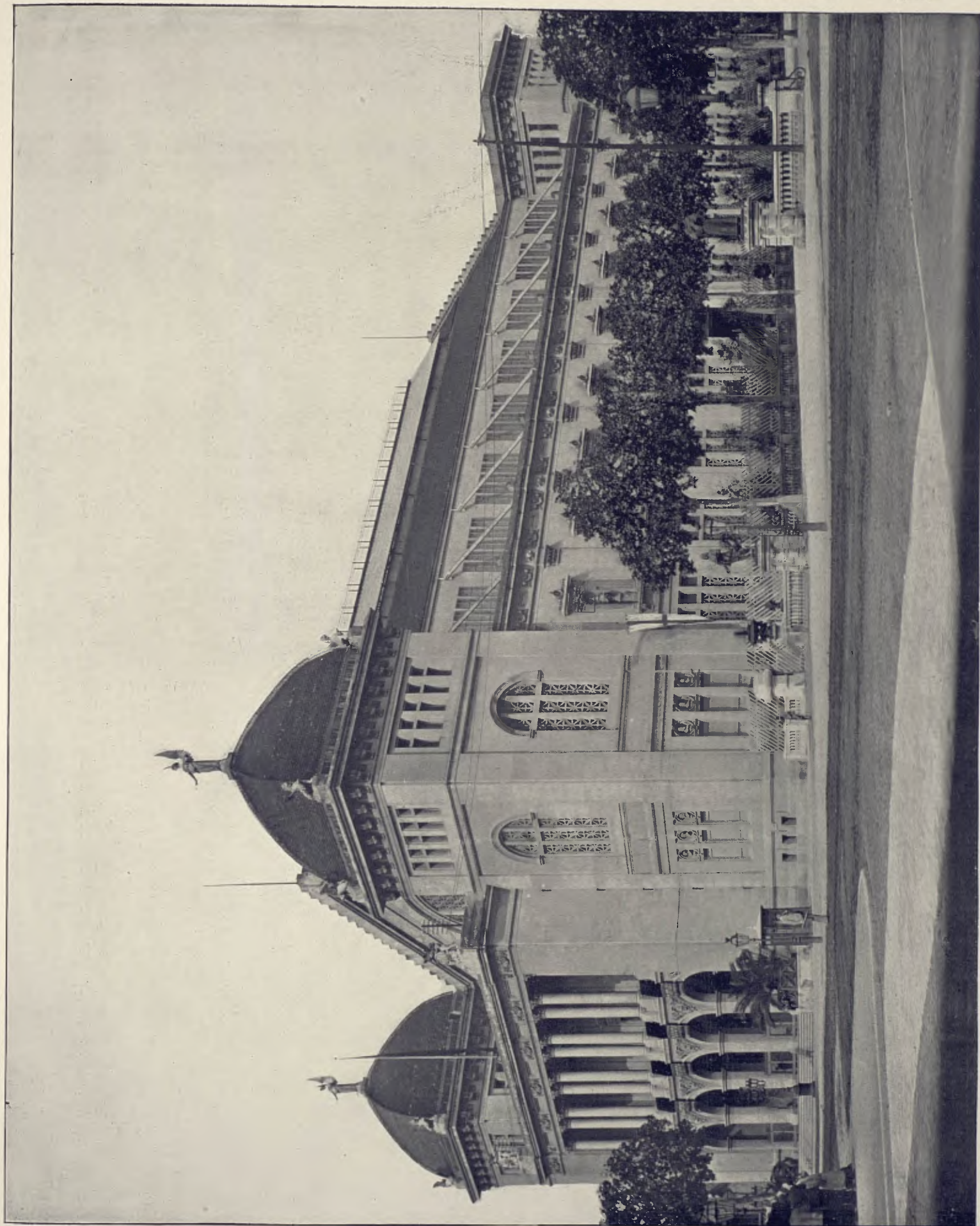
D. U. VIERGE

PRIMERA SALIDA DE DON QUIJOTE

una rosa, y repitió, para convencerse de la naturalidad de la carta, aquella frase famosa con que tantas veces terminó sus escépticas reflexiones:

— ¡ Ah! rica mía, rica mía, el amor es una piedra preciosa que no brilla sin montura de oro!

A. AGUILERA Y ARJONA



PALACIO DE BELLAS ARTES DE BARCELONA

Serra, f.c. Barna.

ÓRGANOS SIMPÁTICOS

Es innegable la simpatía de los miembros homólogos y así creo que lo proclama la ciencia, cosa que, sin embargo, no afirmo por ser profano á ella, pero que asegura y mantiene con el mayor de los convencimientos mi amigo don Homobono, hombre que tiene la preocupación de las enfermedades.

Así como otros andan siempre á vueltas con el barómetro y con los partes meteorológicos, á veces en desacuerdo, así don Homobono anda siempre á vueltas con el termómetro clínico, con la jeringuilla Privat y con el novísimo método de Brown Sequard, ó sea el de la inyección de líquidos orgánicos vivientes.

Y de igual manera que los árabes son fatalistas hasta el punto de creer que todo está escrito de antemano en el gran libro del Destino, así don Homobono cree fatalmente que si le pisan el callo que tiene en el juanete del pie derecho, ha de dolerle el callo que no tiene en el juanete del pie izquierdo.

Y esta preocupación, fundada ó no, le lleva al extremo de convertirlo en *curandero*; de hacer que recite *répites* con toda la fe del poseído en la eficacia de su ciencia, y de congratularse de los resultados que obtiene con el empleo de su sistema, sin que haya quien le haga apearse del burro cuando el resultado es negativo, pues siempre encuentra razón con que disculpar el fracaso, como hay siempre achaque para justificar la muerte de cualquiera.

Resbaló una vez en la escalera cierto amigo suyo y rodó uno tras otro los diez y seis escalones de aquel tramo, con suerte bastante á no fracturarse ningún hueso ni dislocarse ningún miembro; pero no con tanta que le librara de recibir fuertes contusiones en el parietal derecho, en la clavícula izquierda y en la rodilla del mismo lado, y don Homobono, testigo del lance, dijo que allí sobraba el médico y, quieras que no, llenó á su amigo de parches y cataplasmas aplicándoselos por partida doble, esto es, sobre las contusiones y sobre las partes homólogas de las contusas.

Y era cosa de ver á don Ciriaco, que así se llamaba el paciente, entrapado de pies á cabeza y quejándose más de la tirantez de las cataplasmas sobre las partes sanas, que de los dolores que le producían las contusas, sin que don Homobono se ablandara ni permitiera el levantamiento de los parches, pues decía que aquel malestar era prueba evidente de la simpatía de los miembros.

Fracturase don Serapio, otro amigo suyo, el brazo derecho al dar una caída de caballo, y aunque el médico se limitó á reducir la fractura y á entablillar el brazo, él no paró hasta conseguir del paciente que se dejase entablillar también el brazo izquierdo, cosa que el médico ignoró hasta la convalecencia del enfermo y que le hizo desternillar de risa, más que por el fatalismo de don Homobono, por la candidez de su amigo, al someterse al martirio del

doble entablillamiento; pero don Homobono juró, y perjuró que á tal tratamiento y no á otra cosa se debía el éxito de la curación.

Hubo persona que, dócil á la presión del curandero, consiguió que adquiriese carácter grave lo que, sin cuidarse de la simpatía de los órganos, no hubiera revestido importancia alguna, y hubo también quien estiró la pata por seguir los consejos de don Homobono, consejos que produjeron la inflamación del peritoneo, tras ella la gangrena y luego la muerte; pero ni este ni otros varios casos á este parecidos, han llegado á convencerle ni á disuadirle de su manía, y en prueba de ello voy á relatar, sin variar punto ni coma, mi última conversación con él.

— Felices, don Homobono ¿Qué tiene V. que tan preocupado va?

— ¿Que quiere V. que tenga? Sentimiento y disgusto.

— ¿De qué?

— Ya conoce V. mis opiniones sobre la simpatía de...

— ¿Los miembros homólogos? Si señor: hace ya tiempo que me la se de memoria. Y bien ¿qué pasa?

— Que á don Federico, aquel vecino que encontró V. en mi casa la última vez que estuvo V. en ella, le dió un cochero involuntariamente hace días un fustazo en el ojo derecho, y se le inflamó de un modo horrible.

— ¿El fustazo?

— No señor, el ojo: yo, temeroso, mejor dicho, seguro de que por simpatía...

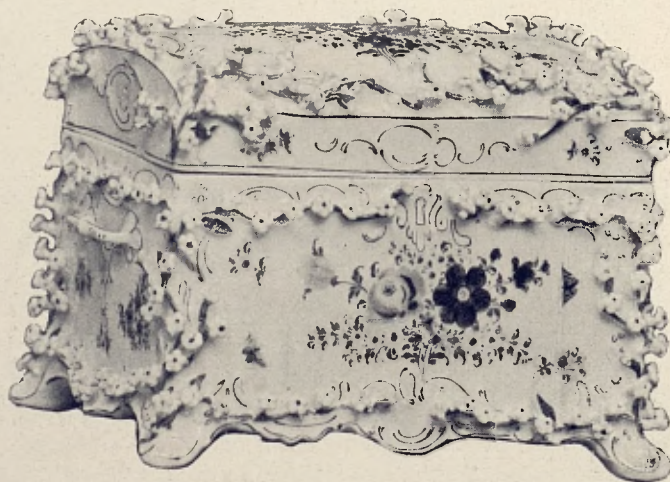
— Sí, sí, comprendo.

— Pues bien; no ha querido hacerme caso; se ha reído de mí, y ahora está sufriendo las consecuencias.

— ¿Se le ha puesto malo el ojo izquierdo?

— ¡Cá! no señor: le han salido hemorroides.

CAMILO MILLÁN





SALA DE ESPECTÁCULOS DEL GRAN TEATRO DEL LICEO EN BARCELONA

Andouard, fot. - Harma.

POR ESOS TEATROS

Principio de temporada. — « El anillo mágico » en Novedades. — Estreno del drama « Deborah » en el Granvía. — Apertura en Romea y Eldorado. — El Drama animado.

Ya hemos entrado en la temporada *de invierno*... á pesar de hallarnos todavía á principios de otoño. La mayoría de los teatros que las tenían cerradas, han abierto de nuevo sus puertas, coincidiendo su apertura con las fiestas de la Merced, lo cual equivale á decir que el movimiento teatral á sido durante la quincena mucho mayor que en las anteriores.

Eldorado, Novedades, Principal, Romea, Nuevo Retiro, todos los teatros de la capital, esceptuando el del Liceo, se han visto animados por las compañías de diversos géneros y por los barceloneses y los forasteros que los llenaban de bote en bote todas las noches. Ha habido espectáculos para todos los gustos. Romea, como siempre,



MARÍA GUERRERO

ha deleitado á *su público* con escogidos dramas y regocijadas comedias del teatro catalán... Eldorado y el Nuevo Retiro han divertido al suyo con piezas del género chico, del chiquitín y del infimo... María Tubau, en el Principal, nos ha servido diversos dramas, predominando entre ellos los de espectáculo como *Pepita Tudó*, mientras la Vitaliani, que continúa en el Granvía, cautivava á los amantes del arte escénico con las preciosas dotes de gran actriz que tan alto sitio le han conquistado entre los artistas de su clase.

Entre tanto estrenábase en Novedades, para admiración del gran público, el baile de espectáculo « El anillo mágico », obra á propósito para la exhibición de decoraciones de gran efecto, algunas de ellas ya *admiradas* de nuestro público por haber *servido* en otras ocasiones.

Lo cual no ha impedido que el teatro rebosase todas las noches de gente, ávida de admirar y ganosa de aplaudir los cuadros que constituyen el espectáculo.

El primer estreno de la quincena se efectuó en el teatro Granvía con el drama romántico-sentimental « Deborah », del alemán Mosenthäl, autor que tuvo cierta fama durante el segundo cuarto del pasado siglo XIX.

El drama no es de los que cautivan á los espectadores de todas las épocas, como sucede con los de Schiller, Shakespeare y Goethe, y á pesar de algunas situaciones propias para que pueda lucirse una actriz de las condiciones de la Vitaliani, no nos explicamos la preferencia de esta artista por él. Y no nos la explicamos porque no la merece, pues no pasa de ser un dramón inconsistente, sin la más ligera sombra de arte en la sucesión de las situaciones y sin otros atractivos que la música sonora de los endecasílabos en que está traducido al italiano y la interpretación que da al papel de protagonista la Vitaliani.

Esta circunstancia fué la que impidió que el público acogiese la obra con la frialdad que merecía. Hasta en algunas ocasiones, hizo que el público tomase por oro de ley lo que no era más que purpurina. Y es que el arte de la actriz sobrepujaba en mucho al del autor, dominando por completo al público, que hasta llegó á interesarse por los amores desgraciados entre la judía « Deborah » y el cristiano que, queriéndola con toda el alma, deja subitamente de quererla, obedeciendo á la presión que hacen en su ánimo las palabras de su padre.

No parece sino que el amor sea cosa de bobos, que se tome y se deje sin esfuerzo, bastando un solo minuto para transformarse en profunda indiferencia lo que antes era indómita pasión.

Las demás obras puestas hasta ahora en la presente temporada por la señora Vitaliani, le han valido ruidosas ovaciones del público que ha continuado llenando todas las noches el espacioso teatro Granvía.

Para la noche de la apertura, escogió la compañía del teatro Romea el drama póstumo de

Federico Soler «El comte l'Arnau», después del cual estrenose la comedia de costumbres en un acto «La gallarda del Roser», original del distinguido escritor don Antonio Bori y Fontestá.

Sin ser una obra notable, tiene muy apreciables cualidades, entre las cuales merecen especial mención la viveza y la cultura del diálogo, el carácter de los diversos personajes que intervienen en la acción y la naturalidad con que ésta se desarrolla.

La interpretación resintióse de falta de ensayos, mereciendo no obstante figurar como escepción entre los artistas la señora Monner, que dijo muy bien su papel de viuda vieja con aspiraciones á un nuevo himeneo.

El señor Capdevila, que interpretó el de solterón recalcitrante que siente resucitar en su interior un amor muerto desde su juventud, mereció aplausos del público por la vis cómica de que supo dotar el personaje.

En conjunto, la compañía de este año es casi la misma que actuaba en aquel teatro durante el anterior, no habiendo sufrido más que ligeras modificaciones entre el personal secundario.

La de género chico que actúa en Eldorado ha sido objeto de diversos cambios en el personal, pero no puede afirmarse de un modo absoluto que con el cambio haya ganado ni perdido.

Algunos de los elementos de la temporada anterior como el señor Cerbón y la señora Campos, han sido substituídos, pero otros, como la señorita Gurina y el señor Gordillo han continuado formando parte del personal, que está dirigido por el señor Gil, actor popular entre el público aficionado al género chico.

Hasta ahora no nos ha servido la compañía más obra nueva que «La buena ventura» cuyo libro, debido á los señores Fernández Saw y López Ballesteros, deja bastante que desear, apesar de estar inspirado en una obra tan hermosa como «La gitanilla» de Cervantes.

En cambio la música con que ha ilustrado la obra el maestro Vives es en general agradable y hermosa, sobresañiendo por su originalidad y por su magistral instrumentación algunos números.

Con motivo de las fiestas de la Merced, se ha inaugurado un espectáculo que no queremos pasar en silencio, á pesar de no ser ninguno de los teatros conocidos el sitio donde tiene lugar. Nos referimos al «Diorama animado», para el cual ha sido construído un elegante teatrillo en unos bajos de la plaza del Buensuceso.

Trátase de la exhibición de diversos cuadros animados, que producen un efecto sorprendente y que, al contrario de las películas cinematográficas, tienen un aspecto realmente artístico.

Lo cual hace presumir que los empresarios del espectáculo harán su agosto en pleno septiembre.

UN ESPECTADOR

HOJEANDO LIBROS

«Poesies», por José Falp y Plana.

El señor Falp es un distinguido médico que dedica sus ocios al cultivo de la poesía, por la cual siente una irresistible vocación.

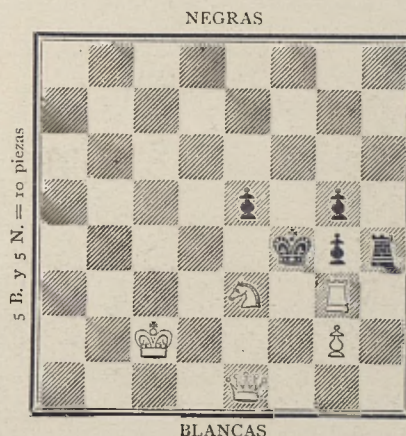
Sus obras rimadas son el producto de un temperamento poético que se siente impulsado á crear por una fuerza irresistible. Por eso una de las primeras cualidades que pueden apreciarse en las composiciones poéticas del volumen de poesías que acaba de publicar, es la sinceridad.

Lo cual no significa que sus versos dejen de poseer otras muchas cualidades estimables. Su estilo pintoresco, su narración vigorosa y su pensamiento original, aun que ligeramente deslucido por ciertas expresiones forzadas, hacen de la mayoría de las poesías que componen la colección que nos ocupa, verdaderas obras de arte.

Felicitemos al señor Falp y Plana por su obra.

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 55.—H. GOTTSCHALL



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 54, POR K. ERLIN

Blancas

Negras

1. D 3 T D
2. T 3 A
3. P mate.

1. P toma D
2. Cualquiera

Variantes : Si... R toma T; 2. D toma P jaque, etc.— Si... P 7 C; 2. T 4 A jaque, etc.—Si... R 6 R; 2. D 2 C, etc.— Si... cualquiera otra; 2. D toma P jaque, etc.

ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.

Mapa de Cuba, doble tamaño

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

•BARCELONA.

